

Parábola de blanco

Una doctora espirituana, a quien el Programa del Médico de la Familia juntó varias veces con Fidel, desnuda sus memorias ante *Escambray*

Delia Proenza Barzaga

Aún conserva los zapatos blancos como un amuleto contra el olvido. Los calzó por primera vez para él, porque el blanco significa pureza —cualidad que le definía— y porque transmite paz, justo lo que necesitaba ella. Nunca supo por qué la escogieron para recibirlo en el naciente Gimnasio Fisioterapéutico de Fomento, lo cierto es que aquel 5 de mayo de 1989 pasó a ser uno de los días más memorables de su vida.

“Doctora, siga con ese ejemplo suyo, con esa voluntad y ese patriotismo; recuerde que la idea del programa del Médico de la Familia es atender al paciente desde los lugares más recónditos”, diría al momento de abandonar el lugar. Desde entonces tal fue su brújula. Lejos estaba de imaginar que la semilla sembrada en Lawton en 1984 y extendida a Fomento dos años después se diseminaría por el mundo. Quizás lo previó solo él, visionario como fue desde la niñez hasta el ocaso.

Si no estuviesen recogidos en la última página del entonces diario *Escambray*, igual permanecen intactos en su memoria los detalles del encuentro. Sus dedos, los mismos con que ha auscultado tantos cuerpos, se desplazan ahora por la foto en la que se le ve caminar junto al Gigante mientras se movían por el centro. No solo en la vieja edición de papel amarillento que conserva con celo; está a su lado también en otras muchas imágenes que componen su álbum más preciado. “Son un regalo de Amengual”, explica, en alusión al fotógrafo del rotativo —ya retirado del oficio— que cubrió el suceso.

El saludo efusivo, el diálogo con pacientes y



La edición de *Escambray* del 6 de mayo de 1989 y el álbum de fotos con Fidel son objetos altamente preciados para Maritza. /Foto: Vicente Brito

trabajadores, las preguntas escudriñadoras, su charla con la señora que llegó allí sin poder caminar y el comentario jocoso al enterarse de que ya podía correr por espacio de 32 minutos: “Si sigues así ni Juantorena te va a hacer nada”; su expresión de satisfacción, el abrazo de despedida. Todo eso aflora en la conversación.

“Yo era médico de la familia en Fomento desde que me gradué tres años antes y en aquella fecha se inauguraban varias obras de Salud allá. Me puse nerviosa, pero le hablé con naturalidad porque él facilitaba el diálogo: conocía de todo y ponía mucha atención mientras escuchaba. Estuvo allí alrededor de dos horas”, narra Maritza Hernández Álvarez, doctora del Policlínico de Los Olivos en la cabecera de provincia y jefa de su Departamento Docente. Ya no es la joven muy delgada de aquellos días y su rostro de ahora transpira una honda tristeza al mencionar a Fidel.

Lo había tenido cerca antes en tres ocasiones: durante el acto del 26 de Julio en Camagüey —terminado el cual dialogó con los estudiantes de Medicina que egresarían como los médicos de nuevo tipo—, en fecha similar en Cienfuegos, en 1985, y al año siguiente en Sancti Spíritus, cuando ella concluía la carrera. “Todas esas veces lo vi en la propia tribuna, pero no hablé con él”, advierte.

Pero las emociones de aquel mayo aún no concluirían en el gimnasio. Al día siguiente el Comandante en Jefe sostuvo, en la Facultad de Ciencias Médicas, un conversatorio con decenas de médicos de la familia que ninguno de ellos olvidó. En la tarde, su presencia en el acto de la Plaza Mayor General Serafín Sánchez atrajo a miles de espirituanos. Habló entonces, entre muchos temas, de beneficios sociales y del imperativo de hacerlo todo bien.

“Ese programa es la base de la Medicina cubana fuera del mundo, siento orgullo de saber que lo vimos nacer junto a él”, sentencia Maritza. En junio de 1991 tendría la inmensa dicha de reencontrarse con su ídolo. “Yo era delegada a la Asamblea Provincial del Poder Popular y presidía la Comisión de Salud. Me correspondió presentar el informe de rendición de cuenta del territorio ante el Parlamento. Al yo terminar se interesó por la marcha de la experiencia.

“Ya un año antes había procurado información sobre lo que había pasado acá; yo tuve en marzo de 1990 a mi hija mayor, que ahora es también médico de la familia, y una foto donde estoy con ella en brazos formó parte del álbum que la Dirección Provincial de Salud le hizo llegar. Aquel día me miraba y sonreía. Cuando se acabó la asamblea quiso saludarme y me hizo algunas otras preguntas. Ahí sí me sentí más nerviosa, porque ya no iba a hablar solo del gimnasio, sino del municipio y de la provincia. Después no lo volví a ver más en persona”. El silencio que sobreviene es rasgado por la pregunta que ambas hemos estado evitando. Y las frases se cortan.

En el hogar de Maritza el amor por el barbudo mayor se cultivó desde la cuna misma. Por eso aquel fatídico 25 de noviembre, cuando en la noche Israel, su hermano, le comunicó la noticia, ella tuvo que sentarse antes de preguntar lo que se repitió en tantísimos hogares: “¿Tú estás seguro de que no es una bola?”. Debí reponerse primero para despertar al padre y darle la “bomba”. Por más que se esforzó, no logró evitar su estado de negación, la búsqueda temblorosa por emisoras de radio, la espera angustiante a que el cintillo de *Telesur* lo convenciera y el llanto.

Esquiva el lente, acaso ocultando alguna lágrima. Vuelve a la foto en la que ella, de bata y zapatos blancos, le roza y siente su halo mágico. Pureza y paz se acomodan en el alma remendada. Musita, más que hablar: “Fidel es un líder inmortal. Es del pueblo, con sus ideas de presente y de futuro. No es tan fácil. No nace otro como él en centurias”.



El nuevo transformador casi duplica la potencia del anterior. /Foto: Vicente Brito

Maratón en Zaza

En tiempo récord los eléctricos mejoraron el servicio en esa localidad

Carmen Rodríguez Pentón

La avalancha empezó bien temprano, cuando aproximadamente medio centenar de trabajadores eléctricos invadieron las calles de Zaza del Medio, aunque el grueso de ellos fue rumbo a la vieja planta que alimenta la localidad. El silencio electrónico no se hizo esperar, pero el ruido de todo el equipamiento automotor rompió el mutismo; se inició así una obra de gran magnitud que no podía demorar porque miles de zaceños necesitaban la luz: había que cambiar el enorme transformador de la planta antes del anochecer.

Si para los pobladores de la localidad espirituana siempre ha sido importante el glamor de sus parrandas, motivo de orgullo congénito, también resultaron trascendentales la llegada de la electricidad en los primeros años del siglo XX y, años más tarde, a inicios de la década de los 80, la puesta en marcha de una pequeña subestación eléctrica.

En esa época llevar la luz a los cuatro asentamientos que tiene el poblado resultó reto para una provincia que hasta hace tres años contaba con la infraestructura eléctrica más desvencijada de Cuba, sin seguridad tecnológica ni garantía en la calidad del servicio.

DE LAS TENEDERAS A LA CORRIENTE SEGURA

De paso por el lugar, Remigio Ballester, toda una enciclopedia en materia de electricidad, símbolo de los linieros en Zaza con más de 35 años en el sector, cuenta que la primera planta fue concebida por los americanos y se dice que en 1914, junto al trazado urbanístico de calles, plazas, parques, manzanas y solares, nació aquella primera planta para llevar la luz a ese lugar y algo más allá.

“Esto era una especie de centro de carga que se alimentaba por Camagüey y más adelante llegó a ser una de las más importantes de Sancti Spíritus, porque cuando había una interrupción en el pueblo o en Taguasco entonces aquí se abría y no se cortaba la corriente, porque también se alimentaba por Tuinucú; es decir, que recibía corriente por dos lugares”, precisa Ballester.

Linieros del municipio de Cabaiguán, dos brigadas del Centro de Operaciones en Sancti Spíritus y otra de Taguasco comienzan lo que para ellos es una rutina: apurar la barrena para abrir el hueco que acogerá un poste con un tensor, cambiar cables, desarmar un viejo tocón para después alistarse en espera de la grúa

para llevar a término el objeto de tanto ajeteo: levantar un transformador de 1 600 kilovoltios (kV), que está al máximo de su capacidad, por uno de mayor potencia.

“El que hoy vamos a desmontar lleva mucho tiempo, pero el pueblo y su infraestructura económica y social han crecido y, con ello, el consumo de los pobladores, de modo que ya no da abasto y se precisa instalar uno de mucho mayor volumen, 2 600 kV, que dé un servicio de mejor calidad. Con ello existirá una mayor fiabilidad en cuanto a capacidad ya que esta se veía limitada, además va a eliminar los bajos voltajes y mejorar ostensiblemente la calidad de vida de los pobladores, a la vez que permite extender el servicio a otros clientes, incluidos el sistema de bombeo de la agricultura y los regadíos”, explica Reinaldo Carmona, jefe técnico de la Empresa Eléctrica en Taguasco.

BENEFICIO PARA MUCHOS

El trabajo es arduo, los operarios cortan conexiones, trepan a lo alto, desarman tensores viejos para instalar los nuevos; otros por el pueblo cambian líneas y postes; todo eso tarda horas a pleno sol. Oriente, Omar, Miguel Ángel y otros trabajan sin parar; pasado el tiempo solo escuchan la voz de Tojo, el jefe de la brigada, con sus regaños. Para el viejo liniero todo es seguridad, refunfuña, insiste con Omar, el muchacho que está arriba, quien aun cuando es pequeño y delgado requiere de más soga para subir a un poste de madera carcomida.

“Siempre es así —explica Omar—, estamos en riesgo todo el tiempo y para el peligro que corremos y lo fuerte que se trabaja, en condiciones increíbles, con las piernas llenas de picadas de mosquitos y de garrapatas y dentro de la picapica, lo que no se corresponde es el salario, que es muy bajo, de algo más de 300 pesos como promedio, por eso hay fluctuación en la fuerza de linieros”.

Costó trabajo arrancar de raíz el viejo transformador que se aferró con rudeza a su sitio de tantos años, pero los hombres y la grúa hicieron lo suyo.

Desde lejos, la planta parece la misma, pero el pueblo cambió. Elvira sabe que ya no habrá más sustos ni bajos voltajes porque el nuevo equipo quedó conectado para asegurar, sin complicaciones, un servicio vital a más de 10 000 zaceños, quienes agradecen tanto como lo hicieron sus ancestros la llegada del ferrocarril en la primera década del siglo XX, lo que facilitó la comunicación y el conocimiento de un terruño hasta entonces ignorado.